

EPISODIO 16: ELLA NUNCA NOS ABANDONA

H. Javier Marquínez



El Hermano Andrés ejercía como director del internado de Paradis en enero de 1859. Era un hombre todavía joven, tenía 34 años, el pelo rojizo como el de una mazorca de maíz, los ojos vivos y el talle fuerte y algo rechoncho. Sostenían semejante estructura unas piernas robustas, musculosas y algo arqueadas. Tenía un carácter tranquilo, aunque los que lo conocían bien decían que respondía al temperamento de aquellos de los que se dice “del agua mansa libreme Dios que de la brava me libro yo”. Solía decir las cosas de forma franca y abierta como el que teme más a la verdad que a sus consecuencias. Solo había una persona por la que sentía un cariño y un respeto referencial: el Hermano Policarpo.

Desde su llegada a Paradis, hacía ya algunos años, el Hermano Andrés había quedado impresionado por la bondad, la virtud y la sabiduría del superior. Supo por primera vez en su vida lo que era una autoridad que venía de dentro y que no tenía nada que ver con nombramientos, honores y prebendas. Desde entonces era el mayor defensor del buen Hermano Policarpo. Todo el mundo sabía que en presencia del Hermano Andrés no se podía criticar ni desmerecer la figura del superior general.

El día 27 de diciembre de 1858, el Hermano Policarpo no se sintió bien y tuvo que guardar cama. En cuanto se enteró, el Hermano Andrés dejó a sus internos en las clases al mando de los profesores y fue a visitar al enfermo. Esta visita se siguió repitiendo invariablemente todos los días a las 9 de la mañana, cuando los internos comenzaban su segundo período diario de clases y el Hermano Andrés quedaba libre de obligaciones.

El domingo 2 de enero de 1859, el Hermano Andrés entró en la habitación del enfermo agitando un periódico que llevaba en la mano. Encontró al superior con muy buen aspecto.

—Menuda noticia le traigo. Esto es lo mejor que nos podía pasar para comenzar el año. En cuanto la oiga se va a levantar de la cama de la alegría —dijo el joven director de internos mientras daba muestras incontenibles de alegría.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Cuál es la noticia?

—Mire, mire, mire —dijo el Hermano Andrés mientras abría las páginas del periódico y golpeaba el papel con la mano—. Lea, lea. Bueno, mejor se lo leo yo: “A punto de comenzar el viaje de la colosal estatua de la Virgen hacia Le Puy”.

—Gracias a Dios —dijo el Hermano Policarpo incorporándose en el lecho—. Nuestra madre del cielo ha escuchado las oraciones de sus hijos. Ha atendido nuestras plegarias y ha sido generosa con el esfuerzo que todos hemos hecho para que esta estatua fuera construida y pudiera colocarse en tan hermoso lugar. Hay que escribir rápidamente a todas nuestras escuelas agradeciendo a las familias, los niños y los Hermanos la generosidad que han tenido respondiendo de manera tan excelente a nuestra petición de donativos. La imagen de Nuestra Señora de Francia va a reinar, por fin, en Le Puy desde la roca Corneille.

—De la contribución de las escuelas de los Hermanos del Sagrado Corazón en la colecta no habla el periódico, aunque debería —dijo el Hermano Andrés con algo de ironía, sabiendo la tendencia anticlerical del periódico que sostenía en la manos—, pero sí trae más datos.

El Hermano Andrés se acercó solícito al lecho. Con suma delicadeza colocó una almohada en la espalda del Hermano Policarpo, que permanecía medio incorporado. Después acercó una silla hasta el borde de la cama, volvió a tomar el periódico y continuó leyendo: “Los fragmentos que componen la estatua ya están casi listos en el taller del escultor para viajar hacia la ciudad de Le Puy. La estatua de la Virgen medirá 16 metros de altura y, para hacernos una idea de su tamaño, digamos que el pie de la Virgen mide dos metros de largo”.

—Ayer hablé con el alcalde —detuvo su lectura el Hermano Andrés levantando la vista del periódico y mirando al enfermo—. Esta semana comienzan a construir el pedestal “in situ”, en la propia roca Corneille, adecuado para las medidas de la Virgen.

—Podemos estar orgullosos de nuestra ciudad de Le Puy —dijo el Hermano Policarpo—. Los tres promontorios naturales de la ciudad van a estar dedicados a nuestra santa religión. En uno de ellos, la catedral; en el segundo, la aguja de San Miguel y su pequeña iglesia románica. Y ahora, la estatua de Nuestra Señora en la roca Corneille. Siga leyendo Hermano, que le estoy escuchando con todo el gusto.

El Hermano Andrés abrió de nuevo el periódico y continuó leyendo: “Este remarcable trabajo es obra del escultor Bonnassieux. El bronce para la escultura procede de los cañones arrebatados al enemigo en el sitio de Sebastopol, durante la pasada guerra de Crimea, y que han sido cedidos generosamente por el emperador Napoleón III. Las piezas que componen la estatua quedarán ensambladas mediante tornillos interiores cuya posición está hábilmente calculada para que queden ocultos tras los

pliegues de los vestidos. La única pieza anatómica entera es la cabeza del niño Jesús que, a pesar de sus enormes dimensiones, presenta un aspecto de impactante dulzura”.

—Muchas gracias, Hermano Andrés —dijo el Hermano Policarpo—. No sabe la alegría que me produce esta noticia. Desde Paradis, desde esta misma habitación se podrá ver la imagen de nuestra madre de tal manera que todos los Hermanos, los de ahora y los que vendrán, recuerden todos los días que somos sus hijos y que ella nunca nos abandona.

El enfermo cerró los ojos y comenzó a dar las primeras muestras de cansancio. El Hermano Andrés se levantó cuidadosamente de la silla, se acercó a la ventana y vio a los lejos la silueta, todavía vacía, de la roca Corneille. Corrió un poco los visillos para que no llegara hasta el lecho la creciente luz de la mañana y salió sigiloso de la habitación. Cuando cerró la puerta musitó una oración y con dos dedos llevó un beso desde sus labios hasta la puerta recién cerrada.

El Hermano Policarpo no pudo ver la estatua colocada. Murió el domingo siguiente, el 9 de enero de 1859. La imagen de Nuestra Señora de Francia en la roca Corneille de LePuy-en-Velay fue inaugurada el 12 de septiembre de 1860 frente a más de 120.000 peregrinos, entre ellos familias enteras procedente de los colegios de los Hermanos del Sagrado Corazón que, a petición del Hermano Policarpo, habían contribuido de manera generosa a financiar la obra.